

de Doña Isabel, una pomposa embajada, con el arzobispo de Lisboa á su cabeza, portadora de las proposiciones de su señor. Prudente pero enérgica, mesurada pero resuelta espuso la princesa su negativa; y fué tanto lo que irritó á los instigadores de Enrique aquella oposicion á sus deseos, que les desbarataba codiciosos planes ¹, que resolvieron obtener, atemorizándola, su asentimiento, y la amenazaron con reducir la á prision en el real alcázar de Madrid. Los caracteres enérgicos se engrandecen con la amenaza; Doña Isabel rechazó indignada tan tiránico proceder, y casi todo el pueblo de Castilla, declarado abiertamente defensor de la princesa, demostraba con públicos actos la preferencia que le merecía el digno escogido de su futura soberana.

Banderas con las armas de Aragon llevaban los niños por las calles remedando con infantil gracia guerreras mesnadas; entonábanse cantares, en que el pueblo anunciaba con el admirable instinto que le distingue las glorias que aquel enlace guardaba para lo porvenir, y hasta llegaban á oídos de su monarca y de su privado satíricas y picantes coplas, en que no salían muy bien parados los años mas que razonables de D. Alfonso para el matrimonio, comparados con las juveniles gracias de Fernando. A pesar de esto el opresivo é inhumano trato que de su hermano recibía la Princesa, iba en aumento, hasta el punto de que indignada Doña Isabel viendo como el monarca rompía el solemne tratado de Guisando, se creyera con razon libre de los compromisos que allí habia contraído, determinando poner fin á tan difícil estado, siguiendo únicamente los impulsos de su corazon y de su inteligencia. Prudente y mesurada sin embargo no quiso proceder

¹ La fraccion que con la familia de Mendoza á la cabeza se habia retirado disgustada del convenio de los Toros de Guisando, y abrazó abiertamente la causa de la princesa Doña Juana, la escitó á que entablase una apelacion para ante el tribunal del Sumo Pontífice, y obtuvo, como queda indicado en el texto, el apoyo del marqués de Villena. Nada era mas contrario á los intereses de este, que la union proyectada entre las casas de Castilla y Aragon, atendiendo á que en otro tiempo habian pertenecido á la última los vastos dominios de su marquesado. Por eso y para destruir dicho proyecto, procuró resucitar las pretensiones que ya en otra época habia tenido Alfonso rey de Portugal sobre la mano de Doña Isabel y para asegurar mas eficazmente la cooperacion de D. Enrique, añadió á su plan el propósito de enlazar á la dudosa hija de éste, Doña Juana, con el hijo y heredero del monarca portugués, proporcionando así á la infortunada princesa, una posicion correspondiente á su nacimiento, y facilitándola los medios necesarios para que en alguna ocasion favorable pudiese reclamar con éxito la corona de Castilla. Prescott, citando los antiguos cronistas *Alonso de Palencia, Lebrija, Castillo, y Faria y Sousa.*

desde luego sin obtener la aprobacion de los nobles caudillos que la habian ofrecido su apoyo, los cuales se la concedieron sin dificultad alguna; y fuerte ya la princesa con esta aprobacion, á que daba grande importancia la de los jefes que sustentaban el gran partido de Doña Isabel, el arzobispo de Toledo, y D. Federico Enrique, almirante de Castilla, no vaciló en responder favorable al enviado que de parte del monarca de Aragon solicitaba la disputada mano de la princesa, para el futuro Rey aragonés D. Fernando.

Como era de esperar, escusando toda dilacion el anciano monarca, que mas político y previsor que la mayor parte de sus contemporáneos habian deseado para su hijo aquel enlace, desde mucho antes que Doña Isabel hubiera sido declarada heredera de la corona castellana, trató de realizar el proyectado matrimonio; y así fué que en breve se firmó el contrato matrimonial, notable documento en que se revela la prudencia consumada de la muger superior que inspiró á sus autores, y el acierto con que procuraron calmar todas las inquietudes, halagando el espíritu de nacionalidad de los castellanos, con las restricciones que á D. Fernando se imponian, y la reserva de derechos que se consignaban á favor de Doña Isabel ¹.

Así las cosas, y á pretexto de cuidar de que se trasladase á Ávila el cadáver de su hermano D. Alonso, que estaba depositado en Arévalo, para proceder con mas libertad y desembarazo pasó Doña Isabel de Ocaña á Madrigal, donde residía su madre la Reina viuda. Pero al mismo tiempo, el maestre de Santiago, resuelto á romper á toda costa el enlace de la Princesa con el aragonés, confiando poco de que se verificase el del Rey de Portugal, habia alentado los deseos del francés, y en Madrigal recibió con sorpresa Doña Isabel la embajada del cardenal de Arrás, quien de acuerdo con D. Enrique, iba en nombre del Rey de Francia á proponerle la boda con su hermano Carlos, Duque de

¹ Prometia en este contrato D. Fernando respetar fielmente las leyes y usos de Castilla; fijar en este reino su residencia, y no abandonarla sin el consentimiento de Doña Isabel; no enagenar propiedad alguna de las pertenecientes á la corona, no elegir á extranjeros para los cargos municipales, ni hacer nombramientos en la parte civil ni militar, sin el consentimiento y aprobacion de su esposa; y dejar á esta exclusivamente el derecho de nombrar para los beneficios eclesiásticos, debiendo ir firmadas por ambos todas las órdenes relativas á los negocios públicos.

Berri y de Guiana. Sin cejar ni un momento en su propósito, respondió hábilmente al cardenal, *que ella habia de seguir lo que las leyes destos reinos disponian en gloria y acrecentamiento del ceptro real dellos*, con lo cual *el cardenal mal contento se partió á Francia*¹.

No habia procedido ligeramente al dar tal respuesta Doña Isabel: previsora, y queriendo anteponer el bien de la patria á su mismo deseo, *habia enviado antes de esto á Francia un capellan suyo, hombre fiable, llamado Alonso de Coca, para que mirase al Duque de Guiana, y con gran solicitud supiese de sus costumbres, y lo mesmo hiciese de D. Fernando, Principe de Aragon, porque pudiese á la Princesa y á la Reyna aconsejar lo que mas convenia. Y venido, relató á la Princesa todo lo que conoció de estos Principes, diciendo en cuántas excelencias excedia el Principe de Aragon al Duque de Guiana, como el principe fuese de gesto y proporcion de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiese, y que el duque de Guiana era flaco y femenino, y tenia las piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad, de manera que antes de poco tiempo habria menester mas quien le adiestrase, que caballo ni armas para usar de caballeria. Y allende desto decia las costumbres de los franceses ser muy diferentes de las de los españoles... Lo cual todo la princesa oyó alegremente, porque en todo favorecia al deseo de su voluntad, que era casarse con el principe de Aragon*².

Pero mientras Doña Isabel veia de este modo favorecidos sus propósitos, los manejos de sus enemigos la ponian en tan apurado trance, que vióse amenazada de ser reducida á prision por las gentes

¹ Palencia, crónica part. II.

² Palencia, crónica, citada.

del Arzobispo de Sevilla instigado por el Marqués de Villena, habiendo al mismo tiempo enviado cartas D. Enrique á los vecinos de Madrigal amenazándoles duramente si auxiliaban á la Princesa. Aquellos leales partidarios de la futura Reyna, impotentes para resistir las órdenes del Monarca, manifestaron á Doña Isabel cuanto ocurría, suplicándola se pusiera en salvo. En tan críticas circunstancias, abandonada de las personas que mas seguridades la ofrecían, próxima á caer en poder de sus enemigos, sin desconcertarse ni un momento, halló medio de comunicar su difícil y crítica situacion al Arzobispo de Toledo y al almirante Enriquez, quienes reuniendo con gran premura sus guerreros y gentes de armas, lograron salvarla, conduciéndola en triunfo á Valladolid, donde fué recibida en medio de las mas fervientes demostraciones de entusiasmo.

Acelerábanse al mismo tiempo todos los preparativos necesarios para celebrar la boda. Ya el principe D. Fernando habia enviado un collar riquísimo de perlas y piedras preciosas, valuado en cuarenta mil florines de oro, como prenda de amor y de palabra empeñada, ofrenda cuyo portador habia sido el cronista Palencia, tantas veces citado en esta biografía; y él mismo, acompañado de Gutierre de Cardenas volvióse con el mayor sigilo á Aragon para acelerar la venida del principe, antes que D. Enrique y sus pérfidos consejeros, trataran de impedir el providencial enlace. Novelescos y llenos del mayor interés son los pormenores de aquella empresa, que con la mayor minuciosidad nos ha trasmitido el citado Palencia, que en ella tomó activa parte, y la cual despues de mil peripecias, habiendo estado á punto de morir D. Fernando al golpe de una piedra, lanzada desde las almenas del Burgo de Osma por un centinela, terminó con la feliz llegada del principe á Dueñas en el reino de Leon, donde todos los castellanos se apresuraron á ofrecerle su adhesion y respeto.

Al recibir Doña Isabel la deseada nueva, escribió á su hermano D. Enrique, avisándole de la llegada del principe y de su proyectado enlace, excusándose de haber tenido que proceder ocultamente por las asechanzas con que la astucia de sus enemigos la habia rodeado,

manifestándole al mismo tiempo las ventajas políticas de aquel matrimonio, tanto para lo presente como para lo porvenir, el beneplácito con que habia sido recibido por la nobleza castellana, y solicitando por último su aprobacion, dándole seguridades de leal obediencia así por parte de Fernando como por la suya ¹.

El 15 de Octubre de 1469, fué el día feliz en que saliendo de Dueñas el príncipe de Aragon, acompañado tan solo de cuatro caballeros llegó á Valladolid, para las vistas con su futura, la cual dió con tal motivo nuevas pruebas de su rara prudencia y elevacion de espíritu, rechazando la propuesta que la hicieron aduladores cortesanos, de que exigiese al novio algun acto de homenaje en señal de inferioridad de la corona de Aragon con respecto á la de Castilla; recibido D. Fernando por el Arzobispo de Toledo, duró la entrevista mas de dos horas, tratándose en ella de todos los preliminares del matrimonio, siendo tanta la pobreza de los contrayentes en aquellos momentos, que tuvieron que tomar dinero prestado para los gastos de la boda; y terminada la entrevista, volvióse el Príncipe á Dueñas con el mismo acompañamiento que habia traído.

Que ambos esposos quedaron prendados uno de otro, no hay para que decirlo. Reflejándose en sus ojos la actividad de su espíritu hasta el punto de que se decia de él *que descansaba en el trabajo*; afuente en el decir; fino é insinuante al conversar; jóven de diez y ocho años; blanco de color, aunque ligeramente tostado por el sol de los combates, causó profunda impresion D. Fernando en su hermosa prometida, al mismo tiempo que la princesa cautivaba el corazon del aragonés. Un año mas tenia esta que su esposo, y la dulce espresion de sus azules ojos revelando su elevada inteligencia y su profunda sensibilidad; su cabello de un rubio oscuro, el color de su rostro de esa sonrosada blancura tan propia de los caracteres apasionados, y sus facciones todas de la mas perfecta regularidad que pudiera exigir un artista, indicaban aquella hermosa armonía de cualidades intelectua-

¹ Esta carta fechada en 12 de Octubre de 1469, puede verse en la *Crónica de Castilla*, cap. CXXXVI.

les y morales que tanto la distinguieron. Era estremada su belleza: *la mas hermosa Señora*, dice un cronista contemporáneo, *que yo he visto jamas, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é sanctitud honestísima* ¹. Manejando el habla castellana con perfeccion y elegancia; ilustrada por el estudio; fácil en comprender; pronta en decidir; entusiasta y prudente, digna pero modesta, tantas y tan raras prendas, tantos y tales atractivos cautivaron el corazon del Príncipe, que desde aquel instante sintió por ella el respetuoso sentimiento del verdadero amor.—De este modo enlazaba la Providencia dos seres, nacidos el uno para el otro, y que completándose y comprendiéndose dirigianse á un mismo fin con la unidad de pensamiento que siempre anima á los que bien se aman: unidad de miras, que encaminada al bien de la patria, habia de conducirla indefectiblemente á su engrandecimiento y su ventura.

El matrimonio de Doña Isabel y D. Fernando se celebró públicamente la mañana del 19 de Octubre de 1469 en el palacio de Juan de Vivero, residencia entonces de la Princesa y destinado despues para la Chancilleria de Valladolid ², solemnizando las nupcias con su presencia el almirante de Castilla, abuelo del Príncipe, el arzobispo de Toledo y multitud de personas de elevada gerarquía y del estado llano. El arzobispo presentó una bula pontificia de dispensa, en que se absolvía á los contrayentes del impedimento que entre ellos habia por estar dentro del grado de parentesco prohibido; pero se descubrió posteriormente que este documento era apócrifo, é invencion del anciano monarca aragonés, de Fernando y del Arzobispo de Toledo, que no se atrevieron á pedirla á la corte de Roma, por el ardor con que esta habia abrazado resueltamente la causa de los malos consejeros de D. Enrique, y que conociendo la rectitud inalterable de Doña Isabel, y que nunca hubiera consentido en una union contraria á los cánones de la Iglesia, tuvieron necesidad de presentar aquella supuesta

¹ Oviedo: *Quinquagenas*, MS.

² A consecuencia de las guerras de las comunidades en que Vivero tomó tan activa parte, le fueron secuestrados sus bienes y entre ellos dicho palacio, que desde entonces pertenece al Estado.